LA EVASION DEL PROJIMO O EL HOMBRE DE CRISTAL

POR

LUIS ROSALES

El Licenciado Vidriera es uno de los personajes cervantinos de mayor interés y más difícil clasificación. Baste con recordar que, exceptuando a Don Quijote, Sancho y Dulcinea, es, indudablemente, el más grabado en la memoria de las gentes. Su carácter, sin embargo, apenas tiene sustantividad. De su conducta no podremos decir que sea superficial; mas sí tan exterior, tan objetiva, que deja como en "hueco" al personaje, desproveyéndole de intimidad. La historia de sus andanzas tampoco es propiamente una novela, sino un conjunto de aforismos (1). "En su traza y disposición es una novela autobiográfica, muy descosida y llena de episodios incoherentes, pero en la cual se conserva la unidad del protagonista" (2), decía don Marcelino Menéndez Pelayo, refiriéndose a *El satiricón*, de Petronio, y sus palabras, una por una, se pueden aplicar a nuestro objeto. La invención narrativa de *El Licenciado Vidriera* no es unitaria, ni siquiera ordenada; en realidad, puede decirse que carece de una fábula definida (3). Si el *Quijote* es el enlace entre los libros de caballerías y la novela moderna, y el *Persiles* es el enlace entre la novela bizantina y la novela de viajes del siglo XVIII, *La señora Cornelia* es el enlace entre la

(1) "Las condiciones satíricas de *El Licenciado Vidriera* nos le hacen situar, con *El coloquio* y *Rinconete y Cortadillo*, entre las novelas de tendencia realista. Aparte de la introducción (viajes de un estudiante pobre en Italia y sus alrededores y su regreso a Salamanca, donde acaba loco), esta obra no tiene apenas elementos novelescos. Es un conjunto de frases escogidas, de apotegmas, de observaciones sobre la sociedad. Notemos en esta novela la insistencia sobre un tema muy querido de Cervantes: la locura. Es por boca de un alienado, Tomás Rodaja, como el autor hace la crítica de las gentes razonables." G. Hainsworth: *Las "Novelas ejemplares" de Cervantes en Francia en el siglo XVII.* París, 1933, págs. 12-13.

(2) Menéndez y Pelayo: *Los orígenes de la novela*, pág. XII.

(3) Algunas de estas características han sido apuntadas por Icaza: "Bien merece la novela de *El Licenciado Vidriera* la admiración que se le ha consagrado de antiguo. Si su estructura literaria no es de las mejores entre las obras de su autor, y si en su estilo, a veces insuperable en fuerza y en gracia, algún comentarista a la antigua hallaría no pocos descuidos que observar, bastarían para hacerla doblemente peregrina la serie de cuentos y agudezas—apotegmas, como entonces se decía—que en ella injiere Cervantes." Francisco A. de Icaza: *De cómo y por qué la tía Fingida no es de Cervantes.* Madrid, 1916 (página 207).

novela italiana y la cervantina (4); *El amante liberal* o *Las dos doncellas* son el enlace con la comedia de su tiempo (5), y *El Licenciado Vidriera*, finalmente, es el punto de unión entre la novelística oriental, la colección de dichos o apotegmas y la novela picaresca. El lector prudente se encargará de poner en su punto estas afirmaciones, que, por exigencias de espacio y tiempo, presentamos de manera harto simplista y extremada. Es indudable que la gran invención de Cervantes, la novela moderna (6), *no pudo ser una invención total y repentina, una invención hecha desde la nada.* Para verificar este descubrimiento tuvo que utilizar todos los materiales novelísticos que tenía a pie de obra: la novela de caballerías, la novela pastoril, la novela picaresca y la novela didáctica de apólogos y ejemplos. De manera consciente y deliberada, la ambición técnica cervantina, su gran intento estético, era fundir en una sola obra todos los géneros literarios entonces conocidos, acrecentados y depurados con el espíritu de imparcialidad y observación de la entonces naciente ciencia histórica (7). En algunas novelas, la fusión de estos materiales fué logradísima y casi imperceptible; en otras no consigue esta perfección o, cuando menos, no advertimos nosotros su logro. El *Quijote* es el ejemplo máximamente conseguido; *El Licenciado Vidriera*—la más arcaica técnicamente de sus novelas ejemplares—es tan sólo un tanteo.

EL CARÁCTER DEL PERSONAJE

La narración de las andanzas de *El Licenciado Vidriera* tiene un carácter híbrido; se apoya en la novela autobiográfica, y, en

---

(4) Para Cejador en *La lengua de Cervantes*, la novela cervantina más italianizada es *El Curioso impertinente*. Su argumentación no atañe a la técnica novelística, y es ésta la que a nosotros nos importa.

(5) Este hecho fué puesto de relieve por Hainsworth en el párrafo que hemos citado anteriormente.

(6) "Que el *Quijote* es la primera novela moderna en la historia del género y que de ella salen, por diversos conductos, las principales corrientes novelescas modernas, es afirmación que puede pasar sin más apoyos argumentales." *El Quijote y Don Quijote*, por Francisco Indurain. Homenaje a Cervantes (página 323).

(7) Este aspecto de la creación cervantina ha sido agudamente observado por Emilio Orozco Díaz: "Hasta en el hecho de recoger en el *Quijote* todas las formas de la novelística que le precede para salvar aquellos géneros, aquellos ideales literarios que, pese al gran éxito y difusión que alcanzaran, ya comenzaban a verse en España como creaciones pasadas. Cervantes quiso salvar en su gran novela los frutos literarios del Renacimiento." Véase E. Orozco Díaz: *Recuerdos y nostalgias en la obra de Cervantes*. Homenaje a Cervantes (página 397).

realidad, es una colección de dichos o apotegmas. Hacia el final de la novela, la acción se congestiona y estrangula. La unidad de la obra—si es que la tiene—no nace propiamente de la estructura de la fábula: se la confiere su protagonista. Muy a pesar de cuanto llevamos dicho, *El Licenciado Vidriera* es algo más que un hilván sobrepuesto para unir los distintos retazos de la obra. Cierto que es un extraño personaje, pues no protagoniza propiamente sus hechos, sino sus dichos. A consecuencia de ello tiene una vaga, simbólica y racional irrealidad. Pero sus dichos nos parece que convienen, en cierto modo, con el carácter del personaje. Ahora bien: antes de haber aventurado esta afirmación, ¿no nos debiéramos preguntar si *El Licenciado Vidriera* tiene o no tiene carácter literario? Hoy tendemos a considerar la caracterización de un *personaje* de manera novecentista, psicológica y complicada, y dibujamos su silueta diciendo todo lo que sabemos de él, aunque sea el número de botones que lleva en el chaleco. No suele establecerse la distinción debida entre el carácter funcional, el carácter natural y el carácter personal de un ente de ficción; pero, indudablemente, son cosas bien distintas (8). Los novelistas actuales tienden a darnos tantos rasgos para la caracterización de sus personajes, que el lector se pierde en ellos igual que si estuviera dentro de un laberinto. Del modo que los árboles no dejan ver el bosque, los datos psicológicos no dejan ver el alma. Ya hemos expuesto nuestra opinión sobre el tema en diferente parte de nuestro libro (9). Añadiremos ahora únicamente que el "carácter funcional" de un personaje nada tiene que ver con su "carácter personal". Un espantapájaros, por ejemplo, no tiene personalidad jurídica, no tiene humanidad, pero puede tener "carácter", y lo tiene generalmente. *El Licenciado Vidriera,* cuya armazón psicológica está montada con la simplicidad de un espantapájaros, para ser contemplado a distancia, produce en el lector una impresión honda y extraña. No es todo un hombre, pero sí un personaje inolvidable. Decía Aristóteles en su *Poética* que un personaje literario tiene "carácter" cuando sus palabras y sus obras ponen de manifiesto un mismo estilo de decisión. Nadie tiene un estilo vital tan trabado, y al mismo tiempo tan sorprendente, como el loco; y como estas dos cualidades son también los rasgos más representativos de un personaje literario, no nos debe extrañar el hecho de que encontremos tantos locos en la obra cervantina. No es,

---

(8) Véase el Apéndice II.
(9) Véase la cita anterior.

pues, Vidriera un hilván técnico, un mero personaje "necesario". No se asemeja tampoco, como protagonista, al mozo de muchos amos de la novela picaresca. Acerquémonos a su vida.

LA HISTORIA

Tomás Rodaja es un muchacho de hasta once años, labrador, que por la agudeza de su ingenio pasa a prestar servicio a unos estudiantes andaluces. Estudia en Salamanca Humanidades, y, tras de algunas andanzas por el mundo—el mundo entonces era Italia—, su mucha discreción y desamoramiento le vuelven loco. Su locura es extraña y singularísima. Piensa que tiene el cuerpo de cristal, y comenzando a ser más conocido por su locura que lo había sido por su cordura y discreción, todos, grandes y chicos, dan en la vena de llamarle Vidriera: el Licenciado Vidriera. Así pasó algún tiempo, poco más de dos años, hasta que un religioso jerónimo, compadecido de él, le puso en cura y le sanó. Y así como le vió sano y salvo, le vistió como a letrado y le hizo volver a la Corte, pensando que, si lograra dar en ella tantas muestras de cuerdo como las diera siendo loco, podría usar su oficio y hacerse famoso por él. No lo va a conseguir, y el muy sensato Licenciado Rueda —éste es su nuevo nombre—continúa siendo, *velis nolis*, el encristalado y quebradizo Vidriera para chicos y grandes.

Tal vez, en caso de sobresalir por algo, sólo conviene sobresalir por loco; tal vez la Corte había llegado a comprender lo que su protector jerónimo no comprendía: que la sinceridad, que le había hecho ser tan interesante como loco, le iba a enterrar como abogado. El caso es que el muy discreto Licenciado Rueda empieza entonces a pasar hambres, y sienta plaza de soldado para librarse de la caridad de sus vecinos. Tomás Rodaja, el Licenciado Vidriera y el Licenciado Rueda son tres versiones de un mismo símbolo: el heroísmo de la sinceridad. Cervantes cree conveniente volvernos a advertir, de cuando en cuando, que el héroe siempre parece loco ante la democracia de la cordura. "Cría buena fama y échate a dormir", dice el refrán. "Cría buena fama y échate a morir", debió de pensar el Licenciado Vidriera, preparándose a ello. El final de la obra es doloroso y dislacerante; pero Cervantes logra lo que quiere y sabe lo que hace.

Este es el muy hético y consumido argumento de la fábula. Parece casi nada. Con material tan parvo ha construído Cervantes una de las más inolvidables creaciones de nuestra historia literaria, y ha planteado una de las interrogantes esenciales del hom-

bre (10). Parece milagroso el resultado: es solamente cervantino. Acerquémonos más a su interioridad.

¿No habéis pensado nunca que el Licenciado Vidriera es un pequeño Don Quijote? (11). Recordad que Cervantes, por si acaso, ha hecho que le suministren un hechizo para volverle loco. Le conviene que se le tome por tal, y que la gente se divierta y no se ofenda demasiado con su modo de ser. También igual que Don Quijote no es propiamente un loco: el Licenciado Vidriera es un ser fronterizo entre la discreción y la locura. En verdad no es lo uno ni deja de ser lo otro. Y ¿quién es quién: Tomás Rodaja, el Licenciado Vidriera o el Licenciado Rueda? ¿Quién es quién: Alonso Quijano o Don Quijote? ¿Qué es más real: vivir o hacer vivir? No lo sabemos. Al buen Alonso Quijano le enloquecieron los libros; pero a Tomás Rodaja—Cervantes es quien nos lo dice—le ha enloquecido su mucha discreción. Por lo visto, tanto el licenciado como el hidalgo pensaron más de lo preciso. Ambos tienen el pensamiento y la palabra en libertad. Ambos viven dentro de un mundo aislado, libre y personal. Don Quijote, más esforzado, lo confirma y defiende con la acción (12); el Licenciado Vidriera, más prudente, se limita a demostrar que nadie obra en el mundo racionalmente (13).

A Don Quijote le consideran loco cuantos le rodean por la absoluta integridad con que pone de acuerdo su pensamiento y su conducta. Al Licenciado Vidriera, por la absoluta integridad con que pone de acuerdo su pensamiento y sus palabras. El uno es loco del decir y el otro es loco del obrar. Y tras el uno y el otro sigue aún riéndose Cervantes; sigue aún riéndose, y diciendo lo que le viene en gana a todo el mundo. Y lo que dice es bien sensato:

---

(10) Bonilla opina: "En resumen, el estilo más que el contenido hace de *El Licenciado Vidriera* una de las mejores novelas ejemplares" (t. III, pág. 386). Nosotros no opinamos de este modo: es una novela interesante, y aun inolvidable por la originalidad de la invención de la locura del personaje; en modo alguno puede decirse que sea una de las mejores novelas cervantinas.

(11) El hecho fué notado por L. Pfandl: "Don Quijote, lo mismo que su primo el Licenciado Vidriera, ¿no es un loco como los otros?" L. Pfandl: *La literatura castellana del Siglo de Oro.* Barcelona (pág. 323).

(12) La intención de la sátira cervantina, ateniéndonos a los hechos, consiste en demostrar la anormalidad de la razón práctica con *Don Quijote* y la anormalidad de la razón pura con *El Licenciado Vidriera.* Si piensas bien y dices lo que piensas, te tomarán por loco; si piensas bien y obras de acuerdo con tu pensar, te tomarán por Don Quijote.

(13) La comparación entre ambos personajes ha sido hecha por A. Maldonado: "En cierto modo, el Licenciado Vidriera (Tomás Rodaja) viene a ser el hermano menor de Don Quijote, ya por su locura, ya por las verdades que lanza escudándose en ella. Al igual que el caballero manchego, cuya locura se manifiesta únicamente cuando piensa en las leyes de la caballería andante, así Rodaja desbarra sólo cuando recuerda su condición de hombre de vidrio." *Cervantes: su vida y sus obras.* Ed. Labor. Barcelona (pág. 234).

la locura de ambos consiste, por lo pronto, en ser más verdaderos que cuantos los rodean, o, mejor dicho, en ser únicamente verdaderos. No nos parecen cuerdos porque carecen de prudencia; pero si nos fijamos en su conducta advertiremos que lo que tiene de locura es lo que tiene de lección. En la feria del mundo, Don Quijote es el único actor que obra de veras; consiste íntegramente en su quehacer vital, y verifica en todo instante su conducta, obrando igual que piensa. El Licenciado Vidriera es un "mínimo y dulce" Don Quijote. No da su talla, desde luego, porque se encuentra desengañado racionalmente de la acción. Por este desengaño, su pensamiento no se traduce en ejercicio de caridad. Su locura consiste en creer que tiene el cuerpo de cristal y que cualquier contacto ajeno le va a quebrar en mil pedazos. Siempre me ha parecido que esta invención es demasiado original para no ser intencionada. Con ella creo que pretende Cervantes subrayar dos cualidades del Licenciado. La primera consiste en su sinceridad. Vidriera, como Antonio Azorín, como el mismo Cervantes, es un pequeño filósofo de la existencia cotidiana. Su heroísmo—ya un tanto relajado—no pasa de la frontera entre el pensar y el decir: es el puro heroísmo de la sinceridad. Por ser de vidrio, piensa que se le transparenta el pensamiento, y su locura—éste es el drama continuamente renovado del intelectual—estriba en no poder mentir. Recordaremos en este punto y hora que la sinceridad no es la verdad; pero, además, el Licenciado es ingenioso, porque como es de vidrio, y el vidrio "es de materia más sutil y delicada que la carne mortal, a través de ella puede obrar el alma con mayor prontitud y eficacia". Con este sencillo expediente justifica Cervantes la rapidez y la ingeniosidad de sus respuestas y el aspecto "intelectual" del carácter de su protagonista. El Licenciado Vidriera tiene un sentido loco y profesional de la verdad: es transparente a ella. Pero, en este sentido, su heroísmo se ha aburguesado un poco, y tiene un cierto dejo racionalista. No le interesa la vida activa, que era la misma razón de ser de su hermano mayor. No le interesan la caridad ni la justicia, que movieron a Don Quijote. Su párvulo heroísmo consiste en ser sincero inteligentemente, en ser un hombre de cristal, en hacer consistir su pensamiento y sus palabras en una misma transparencia.

La segunda cualidad que subraya Cervantes en la locura del Licenciado es su extrañísima fragilidad. Si se me permite la expresión, diría que el Licenciado Vidriera tiene "alergia social", como también la tuvo, a su manera, Don Quijote. Su cuerpo se encuentra tan sensibilizado con el prójimo, que se le resquebraja

únicamente con sentir su contacto y aun su proximidad. Apurando los términos, podría decirse que le duele vivir. Como es uso y costumbre en todo buen intelectual, Vidriera es una criatura que actúa en el mundo de un modo inerme y desvalido; ama a los hombres en secreto y a solas, pero no puede resistir su presencia: se quiebra junto a ellos:

Tengo a mis amigos
en mi soledad;
cuando estoy con ellos,
¡qué lejos están!

El Licenciado Vidriera no se puede aislar; pero precisa distanciarse del mundo, igual que otros precisan asistencia o ternura. Es tan sensible y frágil, que su "frontera corporal" no termina en la linde de su cuerpo; el Licenciado Vidriera siente la proximidad de los hombres, como nosotros sentimos el contacto de la mano del prójimo en nuestro rostro; esto es: sintiéndonos vejados. Tiene una timidez congeladora tan aislante que siente que se le rompe físicamente el cuerpo con cualquier compañía, como si su persona formase parte del espacio que le rodea, le abriga y le separa de los hombres. En realidad, el espacio no le separa de los hombres: únicamente le distancia. No es lo mismo una cosa que otra. Esta distancia, donde parece que se ha corporizado su soledad en torno suyo para aislarle, para hacerle más libre, es igual que la concha donde defiende el caracol su sensitiva fragilidad. Y adviértase que lo que "cosifica" su cuerpo es la proximidad de los hombres y no la de las cosas. Su ser precisa holgura; su dignidad le distancia del prójimo. Tal vez por esta razón el Licenciado no se atreve a adular, porque la adulación suprime la distancia, la dignidad moral que, siempre y en todo caso, debería separar a unos hombres de otros. Si el Licenciado incurriera en cualquier clase de adulación, se rompería. El es un hombre libre: la libertad se le ha hecho hueso de su carne o, si se quiere, vidrio de su carne. El es un hombre digno: la dignidad precisa distancia y cobertura de respeto. Pero él no quiere establecerlas: las vive únicamente de una manera extraña y evasiva, las siente como vidrio dentro de sí. Por ello es quebradizo. En última instancia, su modo de entender la libertad es el origen de su locura (14).

(14) Son muy frecuentes los dichos de locos en *La Floresta General*. Recogemos algunos que tienen cierta analogía con nuestra obra: "Preguntáronle a un loco qué tanto tiempo había menester uno para ser loco. Respondió: —Según la priesa que dieren los muchachos" (1-100). "Decía un caballero que no había otra diferencia entre los cuerdos y los locos sino que los cuerdos sueñan de noche y los locos de día y de noche" (1-101).

Según Menéndez Pelayo, "el genio del narrador consiste en saber extraer de la narración todo lo que verdaderamente contiene; en razonar y motivar las acciones de los personajes; en verlos como figuras vivas, no como abstracciones simbólicas; en notar el detalle pintoresco, la actitud significativa; en crear una representación total y armónica, aunque sea dentro de un cuadro estrechísimo; en acomodar los diálogos al carácter y el carácter a la intención de la fábula, y en graduar con ingenioso ritmo las peripecias del cuento (15).

Siendo Cervantes no sólo nuestro máximo novelista, sino también nuestro más hábil narrador, es sorprendente que no se cumpla ninguna de estas condiciones en *El Licenciado Vidriera.* Su argumento no llega nunca a formalizarse sobre unos hechos determinados, y, en realidad, no es más que una sumaria presentación del personaje; las andanzas que lo componen pudieran ser distintas de las escritas sin cambiar su carácter, y son tan desvaídas y apuntaladas, que nunca se recuerdan de primera impresión: siempre hay alguna que se nos pierde en la memoria; el protagonista no es un ser vivo, sino más bien un símbolo; el ritmo narrativo es más sucinto que eficaz: suprime los detalles secundarios—que nunca llegan a organizarse en un ambiente—, y no destaca la importancia de ningún episodio; la narración tiene carácter de proemio y lleva siempre al lector por la antesala de la novela y no por la novela; la acción no se concentra, se dispersa a medida que avanza, para quedar suspensa en el final; los personajes no se individualizan, y, finalmente, la fábula entrecortada y deshecha no es armónica, ni se puede reducir a unidad.

Estas y otras características, que apenas se condicen con la exigente y extraordinaria maestría técnica cervantina (16), nos hacen suponer que *El Licenciado Vidriera* es una de las primeras novelas ejemplares escritas por Cervantes. En cualquier caso, es obra en donde todavía el autor anda con pie impreciso y hacia la búsqueda de sí mismo. Tantea su modo de expresión. Por su relato descosido y su intención satírica, *El Licenciado Vidriera* se

---

(15) Véase *Los orígenes de la novela,* t. I, pág. 89.

(16) Estimamos que, en efecto, la maestría técnica cervantina es insuperable. Ha sido frecuentísimo aun entre cervantistas oscurecer este valor. El tema es arduo e interesante. Le dedicamos casi íntegramente el segundo volumen de nuestra obra. En el artículo de Singleton que hemos citado anteriormente se afirma esta opinión: "Yo pienso que precisamente una de las cualidades que hacen grande a Cervantes es una penetrante mente crítica" (pág. 251).

asemeja al *Coloquio de los perros.* Sin embargo, cualquier detalle incidental se encuentra ya perfectamente valorado; el estilo justifica los hechos que, por sí mismos, carecen de importancia; la narración es viva y animada; algunos de sus cuadros—por ejemplo, el de la Vida y milagros de las brujas—deberían antologizarse entre las mejores páginas cervantinas, y, finalmente, el mundo novelesco tiene esa alegre y evanescente realidad, ese desdoblamiento en varios planos que se interfieren mutuamente, que es la más genuina de las características de nuestro autor. El *Coloquio de los perros,* muy a pesar del carácter inarticulado de su invención imaginativa, es, indudablemente, una pequeña obra maestra.

El Licenciado Vidriera no tiene, indudablemente, este valor. Su prosa tiene un trote ligero, acompasada y escolar, que sólo muy de tarde en tarde jardinea (17). No está oreada por el humor. No está granada todavía. Es incapaz de recrear su propio mundo deslavado y fortuito. Quiere justificarse sobre los dichos del Licenciado; mas la agudeza de Vidriera, como dice Bonilla, resulta hoy sosa y deslucida. Algunos de estos dichos, no muchos ciertamente, nos parecen agudos. Preguntóle uno qué haría para no tener envidia de nadie. Respondióle: "Duerme, que todo el tiempo que durmieres serás igual al que envidias."

Otros, que también son agudos, nos parecen vidriosos y esquinados. No están a tono con el carácter general del humor cervantino. Preguntóle uno qué consuelo o consejo daría a un amigo suyo que estaba muy triste porque su mujer se le había ido con otro. Le contestó Vidriera que la dejara en paz. "¡Luego no irá a buscarla!", dijo el otro. "Ni por pienso—replicó Vidriera—, porque sería el hallarla hallar un verdadero y perpetuo testigo de su deshonra." No es muy risueña esta verdad. La comprensión no siempre es generosa. Pero la comprensión cervantina lo era; esta actitud ante la vida, en modo alguno es propia de Cervantes.

La mayoría de sus decires revelan más ingenio que verdadera profundidad. Más interés tiene para nosotros lo que hay en ellos de sátira social, aunque también es desabrida y poco original. Recordemos algunos de estos cuadros, cuya expresión es suelta, vivísima y riente: "Que es ver a un poeta de estos *de la primera impresión* cuando quiere decir un soneto a otros que le rodean, las salvas que les hace, diciendo: "Vuesas mercedes es-

---

(17) Maldonado Ruiz estima como extraordinario el valor de la novela. "*El Licenciado Vidriera* es una narración notabilísima que en diversas ocasiones ha inspirado a escritores de fama y que, junto con *El coloquio de los perros,* constituye lo mejor de las *Novelas Ejemplares*" (*Ob. cit.*, pág. 236).

cuchen un sonetillo, que anoche a cierta ocasión hice, que a mi parecer, aunque no vale nada, tiene un no sé qué de bonito"; y en esto tuerce los labios, pone en arco las cejas y se rasca la faldriquera, y de entre otros mil papeles mugrientos y medio rotos, donde queda otro millar de sonetos, saca el que quiere relatar, y, al fin, le dice con tono melifluo y alfeñicado. Y si acaso los que le escuchan, de socarrones o de ignorantes, no se le alaban, dice: "O vuesas mercedes no han entendido el soneto, o yo no lo he sabido decir, y así, será bien recitarlo otra vez y que vuesas mercedes le presten más atención, porque, en verdad, el soneto lo merece"; y vuelve como primero a recitarle, con nuevos ademanes y nuevas pausas." Tal vez no hay otro apunte más quijotesco y logrado en esta obra; en él, la prosa cervantina anda en su propia linde de naturalidad, soltura y viveza. Y después vienen, como a carga cerrada, libreros, alcahuetes, mozos de mulas, marineros y arrieros, que se han casado con sus enjalmas; boticarios, médicos, ¡cómo no!; jueces, sastres, zapateros, tenderos, que pasean a sus hijas empedradas de joyas, como si fueran "calles", para poder casarlas; pasteleros, titiriteros, comediantes, con sus cuernos, sus comedias y sus medias mujeres; dueñas, alguaciles, cortesanos y gariteros, y todo un mundo sonambúlico y meramente aparencial, que nos muestra sus llagas y no sus almas. Tampoco es cervantino, sino arrendado y medieval, este procedimiento técnico.

El Licenciado Vidriera es un personaje satírico. Ni aun el mismo Berganza ve el mundo con mirada tan empequeñecedora y analítica como la suya. Carece de ternura. Su sinceridad no la dicta el amor. Su palabra suena a hueco; está deshabitada, y por ello es abstracta. El Licenciado no se enamora, ni se apasiona por las mujeres. No tiene sentimientos, al menos vislumbrados o conocidos. Su caracterización no es viva, dinámica y cambiante, y esta manera de caracterizar a sus personajes es una de las más originales aportaciones cervantinas a la técnica de la novela (18). Su

---

(18) Esta es una de las más agudas y sorprendentes afirmaciones de Max Singleton en su interesantísimo artículo "El misterio de Persiles", publicado en el Homenaje a Cervantes de la revista *Realidad*, de Buenos Aires: "Técnicamente, el *Quijote* es un pasmoso avance hacia algo que nunca se había hecho en la literatura de ficción. Por ejemplo, el concepto de personaje como un desarrollo dinámico aparece aquí formulado por vez primera (si bien entiendo que, en parte, ya había sido formulado en *La Celestina)*. Don Quijote y Sancho son los primeros personajes complejos, evolutivos, en la literatura de ficción, junto a los cuales parecen meros esquemas los grandes personajes de la antigüedad y de la Edad Media. Cervantes destruye aquí completamente la teoría de la personalidad impasible, idealizada, sin emoción. El personaje no es ya algo que uno ve, sino que existe como desarrollo, *y sólo como des-*

moralidad nos parece un pretexto para poder meterse con la gente, y su sinceridad también parece encaminarse hacia este fin. El Licenciado nos aconseja más de la cuenta, pero no nos consuela. Se ve que no ama al prójimo; observa en él únicamente sus defectos, y utiliza su observación—generalmente muy personal—para decir ingeniosidades. En la obra de Cervantes, el Licenciado Vidriera representa el grado extremo de incompatibilidad entre el hombre y su medio.

Esto es lo que a nosotros nos importa. Lo extraordinario de esta novela es la invención del personaje o, si se quiere, de la locura del personaje; la quebradiza insularidad de su cuerpo y su alma, que se le rompen al sentirse en contacto con el prójimo. La locura del Licenciado podrá tener o no tener modelos vivos (19), no nos importa esta cuestión; pero tiene raigambre popular. ¿No recuerda el lector que la palabra "vidrioso" sigue aplicándose aún en toda España a la persona irascible, antisocial, fácilmente irritable, que cruje y salta como el cristal a la menor contradicción? Por desgracia, son muy frecuentes entre nosotros. Su rigidez los hace frágiles, superficiales y exteriores. Lo que tienen de vidrio es la mirada, con una cierta fijeza desvariante e insensible. A esta familia de hombres pertenece Vidriera (20). Sólo nos interesa por su extraña locura, mas no nos acaba de parecer simpático. En fin de cuentas, es más interesante y llamativo que profundo. Vamos a ver ahora en qué consiste radicalmente su interés.

LA APARICIÓN DEL "OTRO" EN NUESTRA VIDA

Comienza a caer la tarde, y yo me encuentro cansado por el esfuerzo de escribir. El aire limpia el pensamiento. Cuando la falta de luz me impida trabajar y ganarme la vida, puedo estar paseando entre los árboles del Parque del Oeste. Antes casi de haberlo

---

arrollo; y—una invención más notable—el mundo externo, en cuanto observado y comentado por el personaje, se convierte en el índice del desarrollo del personaje. Nunca diremos que Don Quijote es esto o aquello, a menos que digamos cuándo y en relación a qué, y nunca haremos afirmaciones acerca de otros fenómenos, a menos que digamos cuándo y en relación a qué." M. Singleton: *Ob. cit.*, págs. 242-243.

(19) Véase sobre el tema: H. Werter, *Le Licencié Vidriera*, París, 1892; R. Foulché-Delbosc, *Le Licencié Vidriera*, 1892, intr.; J. Fitzmaurice-Kelly, *Revue Hispanique*, t. IV, 1897, "Phantasio-Cratuminos sive homo vitreus"; Icaza, págs. 164-75; N. A. Cortés, prefacio de su edición, Valladolid, 1916; *Bull. Hisp.*, t. XXXII, 1939, pág. 70, y A. Maldonado Ruiz, *Cervantes: su vida y sus obras*, Ed. Labor, Barcelona (pág. 235).

(20) *Azorín*, el maestro *Azorín*, en su bellísima interpretación novelesca del Licenciado, subraya el rasgo recoleto, vidrioso y susceptible de su carácter.

decidido, me encuentro caminando, igual que el agua se pone en movimiento en la pendiente. El aire de la calle es pesado y eléctrico. (Dentro de poco va a llover.) Los niños juegan; las mujeres, detrás de las ventanas, esperan siempre algo; los hombres marchan por la acera desamparados, silábicos, vacíos. (También soy hombre yo, y tal vez hombre de mi tiempo, como suelen decir los filosofistas.) El zapatero de la esquina está encendiendo con los ojos su lamparilla de petróleo, para poder terminar su trabajo y vivir. Yo no tengo petróleo. Vivir es un quehacer que nadie hace. La pescadería, arrebujada en la penumbra, tiene un rebrillo babeante de piel, donde camina y vuelve a caminar un caracol. Al llegar a Rosales miro a los camareros, con sus chaquetas blancas. (Ahora, en Madrid, no sé por qué, no se reponen más que las aceras de las calles.) Este paseo es el balcón de la ciudad. En el paseo juegan los niños, las criadas y los caminos. (Los caminos de tierra, recién puesta, que aún está haciendo su aprendizaje.) Un cielo a pie se va alejando hacia la ermita de San Antonio. No llegará muy lejos: va a llover. Este es el mismo cielo pañolizo del cementerio madrileño. (En la ermita está Goya, bien muerto.) Todo el parque está solo—como el día de mañana—, y un poco triste y humedecido de silencio. Me gustaría dormir en él, pero no es fácil. La hierba hay que cuidarla mucho, porque se seca y arroala: no es natural en este clima. Lo natural, estaba yo pensando ayer, es no poder abandonar la adolescencia. Se nos queda enquistada. En el cielo de la adolescencia no vuelan pájaros. Los pájaros tampoco son naturales en Madrid. (¿No recordáis, sin embargo, que hasta hace poco había en el barrio de Salamanca un verdadero parque móvil de gorriones municipales?) En cambio, ahora, este viejito que está sentado junto a la fuente de la cañada me sobrecoge un poco. (Quizá no tenga dónde ir.) Al pasar junto a su lado, nos miramos. (Tal vez no nos volvamos a ver jamás.) Tiene los ojos más altos que anchos y la pupila le ocupa poco lugar en ellos. (Yo debo de ser igual que un árbol en su pupila.) Es tan delgado que parece que le dieron el cuerpo de limosna. Acaso ahora consisto yo con este hombre, con esta hierba, con este ala de lluvia que comienza a caer. Vivimos, desde luego, una misma consistencia real. Como aprieta la lluvia, determino volver a casa. (Ya habrá luz.) El viejecillo no se mueve.

Todo va a ser igual que antes. La calle, con la lluvia, se ensancha un poco más. Regreso. Durante todo el camino sigo pensando en este encuentro. Como una venda que me ciega, estoy sintiendo sobre el cuerpo aquel mirar que me miraba. En la extensión de

aquellos ojos legañosos yo he sido como una cosa esparcida entre otras. Recuerdo que a mi alrededor se encontraban entonces algunos árboles, un banco, una manga de riego y un cubo abandonado. Con todos estos objetos yo he formado una imagen conjunta, *una naturaleza muerta*, como suele decirse, con profunda y rara intuición, en lenguaje pictórico. No puedo menos de reír pensando en ello. Es verdad que su mirada me ha desnudado de mí mismo y me ha hecho consistir en ser un "cuadro", una composición absurda y provisoria en la retina de aquel hombre. La risa mía es el testigo de ello, y al oírla me comienzo a sentir como en ridículo. Sin embargo, me consuela pensar que aquella "cosa" que yo he sido en sus ojos no tuvo sino una fugacísima realidad. Ahora es pasado sido. Y el pasado no es nada, al menos si lo consideramos en tanto que pasado. Yo no consisto en ser aquella imagen que, en cierto modo, me desasosegaba. Yo estoy, aquí y ahora, en el zaguán de mi casa, *consistiendo* con otras cosas y otros seres. A pesar de ello, la confianza que me inspira este pensamiento no es demasiado tranquilizadora. Esta verdad, igual que tantas otras, no es toda la verdad. Es cierto que soy distinto ahora; pero tal vez aquella imagen mía no ha dejado de ser. Nos engañamos, frecuentemente, con palabras que son sólo palabras. Porque la acción del pasado no consiste en pasar, sino en quedar. Y lo que pasa, lo que nos pasa, *queda*. No es un pasado sido; no es la nada. Lo indudable es que tuve una cierta conciencia de ridículo al sentirme mirado. En rigor, la representación de aquella imagen mía, *consistiendo* en la mirada ajena, me afectó. Y, como me afectó, la sigo *siendo* ahora; la encuentro siendo, al menos, mi afectación por ella. Si aquel pasado no estuviera actualizadamente siendo en mí, no la recordaría.

Pero, además, no es esto sólo. El viejecillo también me puede recordar, y acaso para reírse y "recordarme" con toda precisión no se ha movido de su sitio, a pesar de la lluvia. *Se está mojando allí conmigo.* Comprendo que este pensamiento es absurdo, mas no dejo de pensarlo por ello. Me preocupa. Se me convierte en obsesión. El se ha quedado allí, conmigo y a trasmano. En su recuerdo, mi ser estriba solamente en formar parte de un cuadro, en formar parte de "una naturaleza muerta". Lo más extraño y genuino de este modo de ser es que suprime mi libertad en tres sentidos diferentes. En primer término, porque yo puedo olvidar cuanto se relacione con esta tarde; pero el "otro", el viejecillo, la puede recrear siempre que quiera, y hacerme consistir en lo que he sido. Aquello que yo he sido era una imagen, que no quisiera

recordar (21); y aquella imagen era sólo una "cosa", consistiendo en sus ojos con otras cosas abandonadas. A cualquier hora del día o de la noche puede traerme a su memoria, y darme cuerda para que yo aparezca en ella, igual que al dar la hora se abre una puerta de madera estúpida y sale el cuco en el reloj. En segundo término, porque la mirada del otro cambia y transforma el "mundo" que me rodea. Nadie ve simplemente lo que tiene ante los ojos. La visión organiza y compone su mundo, de manera distinta y original en cada hombre. Así, pues, la mirada del viejecillo ha transformado el orden natural que me rodea. Observará detalles que yo no he visto. Valorará determinadas relaciones que a mí no me interesan, y dejará de establecer las que me importan. Finalmente, a mí mismo me verá a "su manera". En tercer lugar, la mirada del viejecillo cambia mi modo de relación con el mundo que me rodea. Esta manera de relación estriba, por lo pronto, en ver las cosas, considerándolas como "posibilidades" para mis fines. (En este caso, simplemente el descanso y el goce de la contemplación.) Pues bien: en la mirada del viejecillo carezco enteramente de posibilidades, o, mejor dicho, todas mis posibilidades se transfieren a él (22). Mi relación con el otro, en la mirada de sus ojos, es una relación de consistencia y no de convivencia. Para mí, esta manera de consistir es bien distinta de la que tengo con mi cuerpo o la que tengo con mi mundo. En tanto que me mira, el viejecillo no forma parte de mi mundo. La relación en que me encuentro conmigo en su mirada es una relación que, indudablemente, no se establece conmigo; es una relación con algo mío que no soy yo, con algo mío que no me constituye como ser.

Descansar para llorar, dicen los andaluces. He llegado al despacho y empiezo a trabajar de nuevo. Ordeno mis papeles, mi pensamiento, frente a la mesa. Pero ahora tengo una preocupación que no tenía. Es un cuidado, una angustia pequeña y asidera que resquebraja mi seguridad. Este encuentro del parque ha desorganizado, por el momento, mi vivir. Para restituirme a la tranquilidad busco su causa. Es una nadería. En realidad, no es otra que el haberme sentido mirado. Este es el hecho insólito que acontece en mi vida. El parque, atardecido; la lluvia, humilde y religiosa,

---

(21) Ahora recuerdo el motivo de mi vergüenza. Lo pondré sólo en nota. En el momento mismo de ver al viejo me encontraba satisfaciendo una necesidad.

(22) "Mi relación con el objeto o potencialidad del objeto se descompone bajo la mirada del otro, y me aparece en el mundo como mi posibilidad de utilizar el objeto, en tanto que esta posibilidad me escapa por principio, es decir, en tanto que ella está transferida por el otro hacia sus propias posibilidades." Sartre: *Ob. cit.*, pág. 322.

empezando a caer. Allá en su banco, ensimismado como un número, se encuentra un viejecillo. Paso junto a su lado. Nos miramos. Y es como si de repente me sintiera vacío. Aquel instante de hundimiento en sus ojos me ha revelado una distinta y radical dimensión de mi ser. No lo puedo olvidar. Lo recuerdo mirándome. Y comprendo que el ojo es libre porque mira. Comprendo que la libertad del hombre se traduce en mirar, no en ser mirado. Porque mirar es comprender el mundo en una nueva ordenación, y comprender es maniatar. Todas las cosas quedan juntas y maniatadas en la visión, igual que las gavillas sobre el campo. El orden que les he dado al comprenderlas o, si se quiere, al contemplarlas, no es, desde luego, el que tenían: es un orden que se pliega a mis fines. Por consiguiente, no es un orden natural, sino personal. Las cosas no son libres; no vienen a nosotros; no nos miran; no nos pueden mirar: sólo miran los ojos:

Los ojos porque suspiras,
sábelo bien,
los ojos en que te miras
son ojos porque te ven (23).

La acción de ver es el ser de los ojos. Ver en su modo esencial de convivencia con las cosas. Pero las cosas no conviven conmigo: están patentes ante mí, nada más. Al contemplarlas, su patencia se transforma en posibilidad, y en tal sentido las puedo interpretar o utilizar. Mi relación con los objetos no es una relación de convivencia, sino de consistencia. Por consiguiente, las cosas consisten (24) en mis ojos; consisten en el ver y en el ser de mis ojos. Y, así, la luz, los árboles, la lluvia, el banco y la manga de riego abandonada estaban consistiendo en el mirar de aquellos ojos extraños y un poco perpendiculares del viejecillo. Yo, también. Yo he consistido en ser objeto suyo. Aquel mirar que me vaciaba de mí mismo, haciéndome ser "cosa" y no "persona", me transfundía su propio ser (25). Era una extraña y dolorosa situación la mía:

(23) Véase A. Machado: *Ob. cit.*, pág. . El tema de los ojos, el tema del mirar y ser mirado, es frecuentísimo en su obra. Estudiando este tema, podrá encontrarse una teoría muy personal de la convivencia. Entre tantos ejemplos como podrían transcribirse, recordemos (*Ob. cit.*, pág. 278):

El ojo que ves no es
ojo porque tú lo veas;
es ojo porque te ve.

(24) Como después veremos al tratar de la relación de consistencia, no me refiero a su consistencia física, sino a su consistencia relacional.

(25) En el amor se hace aún más profunda esta enajenación de nuestro ser con muy distinto sentido. Cuando miras los ojos de la amada, cuando te estás mirando en ella, lo que estás viendo es su libertad. Pero la libertad

la de vivir y comprender que no era yo el protagonista de mi vivir. Y no era yo porque no era libre; y no era libre porque la libertad se traduce en mirar, no en ser mirado. Si los ojos dejaran de ser libres, cegarían. La libertad del hombre es quien nos mira; la libertad del "otro" te está mirando, abierta siempre, en la pupila ajena. Te está obligando a consistir en ella. Se opone a ti y a todo. Te ha reducido a ser objeto suyo. La libertad naturaliza cuanto toca.

Por ello es tan profunda mi desazón. Al sentirme mirado he comprendido la libertad ajena. Se ejercía sobre mí, objetivándome y naturalizándome (26). Ser objeto, en un cierto sentido, es ser cosa. Lo propio de ser cosa es, por lo pronto, el hecho de que su ser tome su consistencia en otro ser. Yo soy, en cierto modo, igual que un árbol que ahincara sus raíces en los ojos del otro. Mi consistencia en la mirada ajena es, sin duda, algo mío. Comprendo que el viejecillo me ha visto no sólo exteriormente, sino interiormente, pues al pasar junto a él yo me encontraba avergonzado. Pero esta consistencia, aun siendo mía, no depende de mí, sino de él. La relación de consistencia tiene siempre un protagonista, y este protagonista es el que mira—en tanto que mira—y no el mirado—en tanto que mirado—. Así, pues, el otro, el viejecillo, mientras me mira o me recuerda, es el verdadero protagonista de mi vivir, y me hace consistir en-él. Esta es la verdadera diferencia entre nosotros: el consiste con-migo libremente y me hace consistir forzosamente en-él. No sé por qué, para explicarme la situación en que me encuentro, y aclarar el carácter de este tipo de relación, a la que doy el nombre de relación de consistencia, imagino que es idéntica o análoga a la de aquel que se contempla en un espejo. Enfrente suyo mira a un hombre aparente, mira a un hombre deshabitado. Sus ojos miran, pero no ven. Sus movimientos dependen de los míos. Sus palabras—le estoy *mirando* hablar mientras le hablo—son mudas. No se pueden oír, ni comprender. Y percibo, además, que todas sus posibilidades dinámi-

---

naturaliza cuanto toca, y en la mirada de la amada, en la mirada de sus ojos, nos perdemos, es decir, perdemos verdadera y no metafóricamente nuestra libertad. Así lo vió Machado:

Gracias, Petenera mía;
en tus ojos me he perdido:
era lo que yo quería.

No es cosa de tratar ahora este tema vital: la perdición.

(26) "Objetuizándome", podría decirse con mayor precisión, utilizando la distinción de X. Zubiri entre objetividad y objetuidad.

(27) Véase más adelante "La relación de consistencia".

cas no es que coincidan con las mías; es algo muy distinto: es que están transferidas a mí. El, por sí mismo, carece estrictamente de posibilidades. Somos dos hombres o dos cuerpos consistiendo en un alma, consistiendo en un "yo" y consistiendo, finalmente, en una sola relación de consistencia. El no consiste sino en-mí; por tanto, no es libre. Yo no consisto en-él, sino con-él, y, por tanto, soy el protagonista de nuestra consistencia:

Mis ojos en el espejo
son ojos de ciego que miran
los ojos con que los veo (28).

decía Antonio Machado expresando esta relación. Pues bien: lo que yo estaba siendo en el parque al sentirme mirado por el "otro", implica el mismo tipo de relación vital que la que tengo ahora con la imagen que estoy mirando en el espejo. La imagen reflejada en el espejo es, desde luego, mía, pero no es lo que soy. Del mismo modo, la imagen contemplada por el otro es, desde luego, mía —si no lo fuera, no sentiría la vergüenza que estoy sintiendo ahora también al recordarla—, pero no constituye *mi* vida. Me encuentro en ella anonadado y como transfiriéndole mi libertad. Según una bella y exacta expresión de Sartre, la mirada del otro representa mi "trascendencia trascendida" (29). Nos cosifica. Parece devolvernos y anegarnos en nuestra propia naturaleza. Nos deja así como vacíos y meramente presenciales, porque lo propio del mundo físico son, justamente, su patencia y su falta de libertad. En tanto que mirado, soy tan sólo un objeto, y como tal me encuentro transferido a la visión y a la vida del otro, que tal vez sólo cuenta conmigo como se cuenta con quemar el tabaco para poder fumar. La condición de estar ahí, en la vida del "otro", y de poder ser utilizado instrumentalmente para sus fines, es una propiedad que atañe al ser del hombre; pero que atañe únicamente a nuestro ser, en tanto está fuera de sí. Es condición de cosa, no de persona. Porque ser cosa no es, en principio, sino encontrarse ahí, patentemente, y a la mano de alguien, que le confiere su realidad de objeto al consistir con ella. Así, pues, al sentirnos mirados se nos revela la escisión o, mejor dicho, la com-

(28) Véase A. Machado: *Ob. cit.*, pág.

(29) "Yo comprendo la mirada del otro, en el seno mismo de mi acto, como solidificación y enajenación de mis propias posibilidades. Estas posibilidades, en efecto, que yo soy, y que son la condición de mi trascendencia, por el miedo, la espera ansiosa o prudente, yo siento que ellas se transfieren al otro, como debiendo ser a su vez trascendidas por sus propias posibilidades. Y el "otro", como mirada, no es más que esto: "mi trascendencia trascendida". Sartre: *Ob. cit.*, pág. 321.

plexión de nuestro ser, en naturaleza y sobrenaturaleza, o, si se quiere, en naturaleza y libertad. Por su mutua consistencia soy lo que soy.

LA RELACIÓN DE CONSISTENCIA

En la anterior exposición hemos empleado varias veces la palabra "consistencia" con un sentido que conviene aclarar. Hace ya mucho tiempo vengo empleando esta palabra en la misma acepción. Pongamos un ejemplo que defina el sentido en que venimos empleándola: "El simbolismo del lenguaje es, justamente, aquella acción donde se ordena la consistencia significativa. Simbolizar es acordar lo semejante. El simbolismo del lenguaje establece una equivalencia entre la palabra denominadora y la realidad en ella mencionada. Por esta acción, la palabra se convierte en un símbolo, puesto que todo símbolo es una representación que, por virtud de acuerdo o semejanza, toma una cosa sobre sí. El nombre de las cosas *las está siendo,* transpareciendo su identidad. La cosa no es el nombre, pero consiste en él. El pensamiento no es la cosa pensada, pero consiste en ella. El simbolismo es una acción donde las cosas y el pensamiento verifican su consistencia. Y los seres que consisten en ella—esto es, en esta consistencia—, los seres que el simbolismo constituye fundándose entre sí, son los siguientes: las cosas que consisten en el pensamiento; el pensamiento que consiste con las cosas; las cosas y el pensamiento que consisten en el lenguaje, y las cosas, el pensamiento y el lenguaje que consisten en la conciencia" (30).

En este ejemplo vemos, ante todo, que la acepción que damos a la palabra *consistencia* no se refiere a ninguna propiedad material de los cuerpos—su duración, su solidez o su dureza—; *se refiere a una relación.* Esta acepción procede del latín *consistere.* La relación de consistencia (31) es aquel modo de relación por el cual una cosa estriba o tiene fundamento sobre otra. Es una relación constituyente que apropia al hombre con su ser, y en modo alguno puede considerarse accidental. La relación de consistencia no es nunca voluntaria o accidental. Yo no puedo decir que soy mi cuerpo sino de modo impropio o figurado. Tampoco puedo considerar mi cuerpo como objetivo a mí. La filosofía de la exis-

(30) Véase Luis Rosales: "Algunas consideraciones sobre el lenguaje", Rev. *Escorial.*

(31) También podría decirse la relación de consistir, pero esta expresión me parece más incorrecta, inadecuada e ineficaz.

tencia ha tratado de resolver esa antinomia. Dice Gabriel Marcel: "De mi cuerpo no puedo decir ni que es yo, ni que es no yo, ni que es objeto para mí. Desde el primer momento (en que reflexiono sobre mí), la relación del sujeto y del objeto se encuentra trascendida" (32). La relación de consistencia es, justamente, la que supera esta antinomia tradicional entre objeto y sujeto. Yo no soy, desde luego, mi cuerpo, pero consisto en él. Mi pensamiento no es la cosa pensada, pero consiste en ella. Representaciones, ideas y sentimientos; toda la vida, en suma, descansa en un que-hacer (33) del hombre con las cosas. Este que-hacer, fundante y radical, que es nuestra vida misma, estriba sobre la relación de *consistencia.* Vivimos *consistiendo* con el mundo que nos rodea. La realidad de nuestra vida es, justamente, la realidad de nuestra consistencia con este amor que siento, con esta fe que tengo, con esta pluma y este papel y este lenguaje, que me sirven no solamente para expresar, sino también para realizar lo más propio y auténtico de mí. La vida no es otra cosa sino la realidad radical, donde las cosas y nosotros verificamos nuestra consistencia (34). Consistir es vivir, constituyentemente algo que nos es propio. La actividad de la existencia humana es de tal índole que pudiera decirse que el hombre vive porque consiste siempre en algo, y en esta consistencia apropiadora se funda su existir.

La relación de consistencia sirve también para aclararnos el sentido o concepto de verdad. La verdad, para nosotros al menos, no puede ser un ideísmo o una certeza lógica: tiene que ser algo que mueva nuestra vida al cumplimiento de su fin (35). En la existencia humana es donde toma el mundo su sentido, porque el ser de las cosas es algo puesto por el hombre y añadido a su carácter de realidad. Cuando decimos una palabra consistimos en ella con las cosas. De esta ley del lenguaje se puede deducir analógicamente la siguiente: nuestro pensamiento, para ser verdadero, ha de tener una apropiada consistencia real, es decir, ha de ser, en un cierto sentido, *adecuado* a las cosas; en un cierto sentido, *apropiado* a nosotros. La verdad de nuestras ideas o de nuestras

(32) Véase Gabriel Marcel: *Etre et avoir*, pág. 11.

(33) En el sentido orteguiano del término.

(34) Ser hombre es consistir de una manera u otra con las cosas, o dicho de otro modo y con frase de Ortega: "Yo soy yo y mi circunstancia." Ahora bien: en esta definición hay algo implícito que conviene aclarar. Mi yo no puede ser mi circunstancia *sino siéndola*, es decir, *consistiendo con ella.* Así, pues, es esta relación de consistencia, y no otro modo de relación, la que confiere su verdad a esta definición. Sin ella no se puede entender.

(35) En fin de cuentas, lo verdadero es solamente aquello que nos hace vivir, porque sirve de fundamento a nuestra esperanza. Toda verdad es trascendente. Pero dejemos este tema para mejor ocasión.

acciones estriba, pues, sobre el carácter de consistencia real con que se cumplen en nosotros estas dos leyes: la ley de adecuación del pensamiento a la realidad, la ley de apropiación del pensamiento a nuestra vida personal. Por la primera, la verdad estriba en la identificación o conformidad que guarda el pensamiento con las cosas; por la segunda, en la identificación o conformidad que guarda el pensamiento con el hombre. La verdad, si no la interpretamos como un mero ideísmo, ha de ser consistente, trascendente y real. Cuando yo pienso, pienso en algo que es objetivo a mí; pero, al pensarlo, lo pongo en relación conmigo mismo y lo convierto en algo *mío*. La verdad es la forma esencial de nuestra consistencia con las cosas.

LA FRAGILIDAD DEL LICENCIADO VIDRIERA

Ahora, desde esta nueva perspectiva, recordaremos la cuestión anteriormente planteada. En la medida en que soy naturaleza, no puedo liberarme del pasado, no puedo liberarme de ser igual que un árbol en la mirada del viejecillo. En cambio, en la medida en que protagonizo mis acciones, viviendo de manera personal, puedo volver sobre mi pasado y aun hacerlo olvidar. A la primera de estas dos relaciones vitales llamamos relación de consistencia; a la segunda llamamos relación de convivencia. No podemos insistir aquí y ahora sobre el tema (36). Dos seres, al menos en tanto que lo son, no deben consistir, sino convivir. Con las cosas, y con los seres considerados como cosas (recuérdese nuestro ejemplo anterior), consistimos. Con los seres, y con las cosas consideradas como seres (pensemos, por ejemplo, en los valores), convivimos. Este es el hecho decisivo que he descubierto al sentirme mirado. Quizá todo el esfuerzo humano debe tener como fin propio establecer esta manera de relación, y el sentido de la historia del hombre o de la historia universal del hombre estriba en ir acrecentando, día tras día, y a fuerza de dolor, el área de la humana convivencia (37).

Vamos a ver ahora en qué consiste la actitud del Licenciado

(36) Quedan sin aclarar algunos aspectos. Volveremos sobre ellos en la continuación de nuestra obra. La convivencia es el tema general que nos hemos propuesto.

(37) Tal vez sea conveniente decir unas palabras sobre la relación de convivencia y el sentido en que la desarrollaremos en los dos últimos volúmenes de nuestra obra. En ella hay modos muy distintos que no se deben analogar. La denominación genérica política y arcaica: bien común no es un concepto estricto y riguroso. No se puede encarnar porque, en rigor, carece de sujeto. No tiene consistencia, ni claridad. El sujeto de la convivencia sí es concreto, consistente y real. El sujeto de la convivencia es la persona. Como no es éste

Vidriera ante los hombres. Tiene que reducirse a alguna de las tres actitudes siguientes: primera, la consideración del hombre como "cosa" o, si se quiere, como "objeto"; segunda, la consideración del hombre como el "otro"; tercera, la consideración del hombre como "prójimo" (38). Examinemos su conducta; en ella encontraremos la clave de su actitud, y en su actitud encontraremos la clave de su extraña locura. No es tan extraña, como vamos a ver.

Cuando el capitán don Diego de Valdivia, contento de su presencia y discreción, le ofrece un puesto de alférez en su compañía para ir a Italia, Vidriera le contesta que le agrada irse con él a Italia, "pero que había de ser condición que no se había de sentar debajo de bandera, ni poner en lista de soldado, por no obligarse a seguir su bandera". El capitán le responde que la inscripción en la bandera implicaría ventajas económicas, pero no sujeción, pues él le daría licencia siempre que el Licenciado lo quisiese. "Eso sería—dijo Tomás—ir contra mi conciencia y contra la del señor capitán, y ansí más quiero ir suelto que obligado." "Conciencia tan escrupulosa—dijo don Diego—más es de religioso que de soldado; pero comoquiera que sea, ya somos camaradas." En esta anécdota se nos muestra Vidriera como persona independiente, recta, escrupulosa y, finalmente, tan desgarrada y sacudida, que por amor a la libertad es incapaz de cualquier clase de sujeción.

Otra anécdota muy expresiva de su carácter es la siguiente: "Sucedió que en este tiempo llegó a aquella ciudad una dama de todo rumbo y manejo. Acudieron luego a la añagaza y reclamo

---

nuestro tema, lo tocaremos de pasada y exponiéndonos a dar algún traspié. La relación de convivencia tiene como sentido y como fin la vida personal, o si se quiere y dicho solamente para entendernos sin comprendernos, el bien común. Sin embargo, a nadie se le oculta que nos relacionamos personalmente con el prójimo de modos muy distintos. Sin querer apurarlas, diremos que estos modos o formas de convivencia se pueden resumir sumariamente en las relaciones de compañía, de asociación, de comunidad y de comunión. Todas persiguen un fin distinto y propio. La compañía es la primera vinculación del ser con otro. La *asociación* es una participación de iguales fines: por ejemplo, la asociación política o mercantil. La *comunidad* es una participación del mismo mundo propio; por ejemplo, ser español, ser hombre. Y la *comunión*, finalmente, es una participación del mismo ser: por ejemplo, la Iglesia o la paternidad. Es indudable que en todas ellas convive el hombre con el prójimo como consigo mismo: esto es, convive siendo prójimo. La aceptación del estatuto de convivencia no vulnera la libertad; antes bien: la confirma.

(38) El prójimo no es el nosotros, no es un plural: es la vinculación dentro del ámbito de la persona de lo objetivo y de lo subjetivo. No es ocasión de hablar de ello. Es curioso que en el análisis de Sartre falte esta noción de la projimidad. Es curioso también que esta noción haya sido sustituída por el desdoblamiento entre el nosotros-objeto y el nosotros-sujeto. Ahora bien: la relación en el nosotros, si implica alguna clase de convivencia, no puede establecerse sino partiendo de la projimidad.

todos los pájaros del lugar, sin quedar *vademécum* que no la visitase. Dijéronle a Tomás que aquella dama decía que había estado en Italia y en Flandes, y, por ver si la conocía, fué a visitarla, de cuya visita y vista quedó ella enamorada de Tomás; y él, sin echar de ver en ello si no era por fuerza y llevado de otros, no quería entrar en su casa. Finalmente, ella le descubrió su voluntad y le ofreció su hacienda. Pero como él atendía más a sus libros que a otros pasatiempos, en ninguna manera respondía al gusto de la señora, la cual, viéndose desdeñada y, a su parecer, aborrecida, y que por medios ordinarios y comunes no podía conquistar la roca de la voluntad de Tomás, acordó de buscar otros modos a su parecer más eficaces y bastantes para salir con el cumplimiento de sus deseos. Y así, aconsejada de una morisca, en un membrillo toledano dió a Tomás uno destos que llaman hechizos, creyendo que le daba cosa que le forzase la voluntad a quererla" (39). El hechizo tuvo seis meses en la cama a Tomás moribundo y desamorado, y fué el origen de su locura.

Recordemos todavía su trato, servidumbre y amistad con los estudiantes malagueños que costean sus estudios. Tiene el mismo carácter de "despedida" y provisionalidad que acompaña todos los actos de su vida. Tomás Rueda no se vincula a nada. Tomás Rueda no comprende el amor, ni siquiera en su forma más usuaria e instintiva. Tomás Rueda no comprende la amistad. Tomás Rueda no siente la voluntad de poderío: no le interesa la vida cortesana. Tomás Rueda no se liga—al menos no sabemos nosotros que se ligue—al agradecimiento. Tomás Rueda no conoce la existencia del prójimo. La mera proximidad humana es un peligro para él. En fin de cuentas, la existencia de Tomás Rueda no sabemos en qué consiste y dónde tiene su fundamento. Vive dentro de un mundo hermético, imaginario y sorprendente, que carece de realidad. *El suyo es, indudablemente, un mundo de evasión.* Ahora bien: este mundo evasivo y extraño tiene su origen en la única ilusión de Vidriera: a toda costa quiere vivir libre y desarraigado. El hogar de Vidriera es la calle.

Vamos a analizar ahora el último sentido de su locura. El Licenciado Vidriera piensa que tiene el cuerpo de cristal quebradizo (40). Tiene la extraña idea de que la simple cercanía del

---

(39) *El Licenciado...*, pág. 84.

(40) "Imaginóse el desdichado que era todo hecho de vidrio, y con esta imaginación, cuando alguno se llegaba a él, daba grandes voces, pidiendo y suplicando con palabras y razones concertadas que no se le acercasen porque le quebrarían" (pág. 85). Cervantes insiste continuamente sobre este carácter de la locura del Licenciado, que estriba en mantenerse distanciado del prójimo.

prójimo puede romper la consistencia de su cuerpo. No teme tanto una caída como un abrazo. Sobre este punto, que es el nudo de la cuestión, cederemos la palabra a Cervantes: "Para sacarlo desta extraña imaginación, muchos, sin atender a sus voces y rogativas, arremetieron a él y le abrazaron, diciéndole que advirtiese y mirase cómo no se quebraba. Pero lo que se granjeaba en esto era que el pobre se echaba en el suelo, dando mil gritos, y luego le tomaba un desmayo, del cual no volvía en sí en cuatro horas, y cuando volvía era renovando las plegarias y rogativas de que otra vez no le llegasen" (41). Esto es lo único que lo sana: que lo dejen en paz, que no se le acerquen demasiado y, desde luego, que no le toquen. El interés que le demuestran no es percibido por Vidriera, como tampoco percibía el amor de aquella dama "de todo rumbo y manejo", que tuvo la ocurrencia de enamorarse de él. Lo que más teme Vidriera es el abrazo de los hombres. Y este hecho nos demuestra, bien explícitamente, que el motivo de la locura del Licenciado es su alergia social. ¿De qué procede? Naturalmente, del hechizo (42). Pero también su locura se encontrará condicionada de algún modo por su carácter. En efecto, Vidriera tiene un extraño complejo de inferioridad, mezclado con un cierto resentimiento. Renuncia a toda clase de complacencias, y su vida, tal como Cervantes la describe, no es envidiable: "Pidió Tomás le diesen alguna funda donde pusiese aquel vaso quebradizo de su cuerpo, porque al vestirse algún vestido estrechó no se quebrase; y así, le dieron una ropa parda y una camisa ancha, que se vistió con mucho tiento y se ciñó con una cuerda de algodón. No quiso calzarse zapatos en ninguna manera, y el orden que tuvo para que le diesen de comer, sin que a él llegasen, fué poner en la punta de una vara una vasera de orinal, en la cual le ponían alguna cosa de fruta, de las que la sazón del tiempo ofrecía (43). Carne ni pescado no lo quería; no bebía sino en la fuente o en río, y esto con las manos (44). Cuando andaba por las calles iba por la mitad dellas, mirando a los tejados, no le cayera

---

"Y cuando volvía [en sí] era renovando las plegarias y rogativas de que otra vez no le llegasen" (pág. 86). "Cercáronle luego los muchachos, pero él con la vara los detenía y les rogaba le hablasen apartados" (pág. 88). "Si no fuera por los grandes gritos que daba cuando le tocaban o a él se arrimaban" (página 111). Esta insistencia dice bien claramente el carácter social de su locura.

(41) *El Licenciado...*, pág. 86).

(42) "Ya que el caso entra en los dominios de la ciencia, creemos que un psiquíatra, conocedor de la causa de tal trastorno, lo definirá como un desequilibrio nervioso de origen tóxico." A. Maldonado: *Ob. cit.*, pág. 234.

(43) Las frutas en conserva—bien lo sabe Vidriera—podían estar contaminadas por el hombre.

(44) El agua corriente no se puede encontrar envenenada.

alguna teja encima y le quebrase (45). Los veranos dormía en el campo al cielo abierto, y los inviernos se metía en algún mesón, y en el pajar se enterraba hasta la garganta, diciendo que aquélla era la más propia y más segura cama que podían tener los hombres de vidrio. Cuando tronaba, temblaba como un azogado, y se salía al campo, y no entraba en poblado hasta haber pasado la tempestad" (46).

Nosotros le encontramos encogido, frío y algo reumático de corazón: le falta amor, entre otras cosas, a la verdad. Muchas de sus costumbres le muestran temeroso y desconfiado: teme que le envenenen, y, en general, renuncia a toda complacencia para poder vivir en libertad; pero comprende su libertad, únicamente, como una cierta relación de distancia entre su cuerpo y su medio social. Es muy curioso que Vidriera no quiera aislarse de los hombres, como Marcela, por ejemplo. No es tampoco un anacoreta, como Renato. No precisa aislamiento; antes, por el contrario, necesita diálogo. No tiene con el prójimo más relación que la palabra. Pero tampoco al dialogar quiere tener delante al prójimo. Pide que le hablen desde lejos, como arrojándole las palabras, y su diálogo no tiene intimidad alguna. Vidriera no habla nunca de sí. Parece como si al cuerpo de cristal del Licenciado correspondiera también un alma de cristal, donde se espeja y se refracta la sociedad que le rodea. Vidriera vive para hablar: su único tema son las deformaciones y los vicios sociales; su única preocupación estriba en la fragilidad de su cuerpo (47) y en guardar su distancia con los hombres. No piensa en otra cosa. Y no puede pensar en otra cosa porque Vidriera no es un hombre espiritual. "El espíritu no reside en el yo, sino en la relación del yo y el tú" (48); y el Licenciado Vidriera, como sabemos, no tiene relación vital alguna. No puede sentar plaza porque su independencia se lo prohibe; no puede enamorarse porque tiene la sangre distraída; no puede profesar como abogado porque es de vidrio y se

(45) En esto se asemeja el Licenciado Vidriera a cualquier mortal a quien le caiga una teja encima.

(46) Véase *El Licenciado Vidriera*, págs. 86-87.

(47) Véase cómo describe el maestro *Azorín* la locura del Licenciado: "Dicen que tenía gracejo y donosura. No me acuerdo de nada. Sí conservo en la memoria la sensación de fragilidad, que me angustiaba entonces. En cualquier momento creía que al menor choque mi persona se desharía en mil pedazos. Y con cuidado, con toda clase de precauciones, caminaba por las calles. Cuando se ofrecía viajar, lo hacía a lomos de alguna mula pasicorta y envuelta mi persona en blanda paja. De esta manera he visto que en los henchidos serones llevan los alfareros al mercado sus frágiles mercancías." *Azorín: Con permiso de los cervantistas*, pág. 103.

(48) Véase Martin Buber: *Je et tu*, París, 1938, pág. 66. Debo estas citas de Martin Buber a la amistad de Pedro Laín.

le transparenta el pensamiento, aunque no tiene amor a la verdad, y no puede asistir en la Corte porque no sabe lisonjear. Tomás Rodaja no es, desde luego, un hombre apto para vivir. Es una mera abstracción: una conciencia montada sobre ruedas. Vidriera no es un hombre de cristal, sino más bien un hombre cristalizado o, mejor dicho, "cosificado". No tiene más superficie de contacto con los hombres que la vara con que los detiene para que no se aproximen a él. La ley que rige su mecanismo es la siguente: Mientras estamos dominados por el complejo de inferioridad, reaccionamos en cualquier situación de manera mecánica e instintiva. El complejo de inferioridad devuelve al hombre al estado de naturaleza. Pues bien: la presencia del prójimo ante Vidriera no sólo le naturaliza, sino le "cosifica", le convierte en cristal. Todo su cuerpo se convierte en espejo, se convierte en conciencia mecánica, en donde vemos reflejada impasiblemente la sociedad que le rodea.

Decíamos anteriormente (49) que al sentirse mirado, el hombre no convive con el prójimo: consiste en-él. Esto es lo que le ocurre, justamente, a Vidriera: se ha convertido en un espejo (50); esto es, se ha convertido en una "cosa" y ha perdido su libertad de acción. La libertad del hombre se traduce en mirar, no en ser mirado. Pues bien: Vidriera no mira, espeja simplemente. Todas sus relaciones vitales se reducen a una; toda su consistencia vital estriba en *sentirse mirado.* Vidriera no es tanto un loco como un símbolo: el símbolo de la "cosificación" de nuestra vida al sentirnos mirados por el "otro". La intuición de este simbolismo es una de las más sorprendentes y modernas sugerencias del pensamiento cervantino.

EL MUNDO DEL LICENCIADO VIDRIERA ES EL MUNDO DE LA EVASIÓN DEL "TÚ"

Veamos ahora, finalmente, en qué consiste el mundo de evasión del Licenciado. La vida de Vidriera es una vida imaginaria e irreal. No tiene plena consistencia. Lo que le falta a su vida para ser vida es, justamente, lo que le falta al Licenciado para ser hombre, y aquello que le falta justamente para ser hombre es la "tuidad", porque no existe un "yo" sino en su relación con algún "tú":

(49) Véanse las páginas 476-479 de nuestro libro.
(50) Desde luego, es un espejo cóncavo y deformante.

...con el tú de mi canción
no te aludo, compañero;
ese tú también soy yo (51).

decía Machado, con su profundidad habitual. Así también afirma Martin Buber que "el hombre sólo llega a ser un *yo* al ponerse en contacto con un *tú*. El compañero aparece y se borra; los fenómenos de relación se condensan y se disipan; pero en esta alternancia se esclarece y aumenta, más y más cada vez en nosotros, la conciencia del compañero que permanece, la conciencia del *yo*... El *yo*, por consiguiente, es la conciencia gradual de lo que tiende hacia el *tú*, sin ser el *tú*, afirmada con fuerza creciente, hasta que el lazo se rompe (el lazo que nos vincula con el *tú)* y el *yo* se encuentra, en el deslumbramiento de un relámpago, en presencia de sí mismo, despegado de sí, como si se tratase de un *tú* extraño que pasase inmediatamente a tomar posesión de sí mismo" (52). La consistencia radical de la existencia humana es justamente la consistencia del *yo-tú*, sobre la cual se funda originariamente la conciencia del existir:

No es el yo fundamental
eso que busca el poeta,
sino el tú esencial (53).

El *tú* esencial está formado por cuatro estratos constituyentes: el *tú*, considerado como relación; el *tú*, considerado como presencia; el *tú*, considerado como llamada, y el *tú*, considerado como fundamento.

A) EL "TÚ", CONSIDERADO COMO RELACIÓN

Aquel que dice *tú* no se encuentra primariamente ante ningún objeto determinado, no se encuentra ante personas o ante cosas; aquel que dice *tú* se ofrece simplemente a una relación, y constituye el mundo como *mundo* al pronunciar esta palabra. La conexión que ha de tener la realidad está fundada en este acto. La

(51) Véase A. Machado: *Obras completas.*
(52) Véase Martin Buber: *Ob. cit.*, pág. 52.
(53) Véase A. Machado: *Ob. cit.*, pág. 286. En la lírica de Juan Ramón Jiménez el "tú" tiene una significación superficial, subjetiva y abstracta (*Canción*, pág. 171):

Tú, mi tú, no podrás
amar a nadie más,
pues no sabrás sin mí
lo que yo amaba en ti.

significación de la primera palabra: "Y dijo Dios: *Rosa te llamas, rosa eres, rosa te llamarán*", está fundada en este acto. El hundimiento de ternura que llegaremos a tener en la mirada un día al contemplar a nuestro hijo, se funda en este acto. Aquel que dice *tú* por vez primera está constituyéndose a sí mismo como hombre, estableciendo el mundo de la relación. Con este acto comienza la existencia (54).

B) EL "TÚ", CONSIDERADO COMO PRESENCIA

Nadie se encuentra solo. La soledad y la comunicación son el haz y el envés de una misma situación radical: la consistencia con el prójimo. La vida implica siempre una determinada relación, y cuanto más intensas, más apropiadas y más profundas sean nuestras relaciones, más apropiada y personal será la vida. Nadie se encuentra solo. Y nadie puede encontrarse solo, porque como decía Machado:

> *un corazón solitario*
> *no es un corazón* (55).

Aunque viviéramos aislados en el mundo, sin familia y sin prójimo, el corazón del hombre latiría, y latiría, tal vez, por algo que le sirviera de fundamento; tal vez, por algo que le sirviera de privación: en cualquier caso, latiría por un *tú*. "Aun sin vecinos y

---

(54) La doctrina que hemos expuesto sobre las relaciones entre el "yo" y el "tú" proceden de M. Sheler: "Y así como aprehendemos nuestro yo presente sobre el fondo de la totalidad de nuestras vivencias temporales—y no lo formamos únicamente mediante síntesis del yo presente con anteriores estados de yo recordados—, igualmente aprehendemos también nuestro propio yo sobre el fondo de una conciencia omnicomprensiva que se vuelve cada vez más indistinta, en que también se dan el ser del yo y la vida de todos los otros como en principio contenidas en ella. ... El peculiar proceso recíproco del comprenderse a sí mismo y a los otros, que Schiller formula en estas palabras:

> *Si quieres comprender a los otros, mira a tu propio corazón;*
> *si quieres comprenderte a ti mismo, mira lo que hacen los demás,*

ganaría mediante esta interpretación una comprensibilidad muy distinta de la que tiene en su interpretación tradicional. Todo el que ha aprendido lenguas extranjeras sabe que únicamente por este medio se le han dado a conocer así la particular arquitectura de las unidades de significación, como las restantes peculiaridades fundamentales de la propia lengua. Y ¿es menos válido esto para todas las direcciones de la vida y la conducta nacionales, patrias, profesionales y demás, regidas por la unidad de un grupo? Es exactamente el mismo acto de diferenciación dentro de un todo, por lo pronto poco diferenciado, el que hace llegar a la claridad de la conciencia simultáneamente lo propio y lo ajeno." Max Sheler: *Esencia y formas de la simpatía*, ed. cit., págs. 346-347.

(55) Véase A. Machado: *Ob. cit.*, pág.

fuera de toda conexión vital, el *tú* llena nuestro horizonte, no porque nada exista fuera de él, sino porque todas las cosas están bañadas en su luz" (56). Nadie se encuentra solo. Al contemplar el mundo nos sentimos apropiados a él. Esta ventana, por donde puedo contemplar la sierra; este aire redentor, húmedo y fresco, de atardecida; esta pluma, esta mesa, esta mano..., se encuentran ante mí, y, antes que nada, son *presencia*, y esta presencia es lo que constituye su *tuidad*, lo que les hace constituirme temporalmente, lo que me hace constituirlos y temporalizarlos en esta plena, y gozosa, y radical aceptación de nuestro encuentro. La temporalidad real de nuestra vida surge ante la presencia. He aquí que el hombre es tiempo. Nadie que se va en tiempo de presente, nadie que sienta su temporalidad puede encontrarse solo.

c) EL "TÚ", CONSIDERADO COMO LLAMADA

No sabemos en qué consiste la "llamada", pero la oímos. Es lo que tiene el mundo de oblación. Todas las cosas son reales. Tienen peso y medida. Están patente y misteriosamente ante nosotros. Lo que nos llama en ellas es la presencia de las cosas; lo que nos habla en ellas es la patencia de las cosas. La relación que establecemos con ellas al responder a su llamada es una relación de convivencia; la relación que establecemos con ellas al escuchar su voz es una relación de consistencia. No sabemos en qué consiste la llamada, pero la oímos. No sabemos en qué consiste la realidad de las cosas, pero la vamos descubriendo al escuchar su voz. El primer modo de relación es el origen de la poesía; el segundo, es el origen de la ciencia. El mundo constituído por la llamada obedece a la libertad. El mundo constituído por la voz de las cosas obedece a la causalidad (57). Y nosotros sabemos que solamente quien ha escuchado la llamada del *tú* es verdaderamente un hombre libre. Son muchas cosas las que nos llaman a realizarnos y liberarnos. En la medida en que nos llaman no tienen voz, no tienen cuerpo, no tienen determinación alguna todavía. Nos llaman simplemente para darnos su nombre y nuestro nombre: son nuestro propio *tú*. No las podemos conocer, y su llamada nos constituye en lo que somos. Nos convoca a existir. Nos abre la ventana.

---

(56) Martin Buber: *Ob. cit.*, pág. 26.
(57) Nos referimos, naturalmente, a la causalidad del mundo físico.

Se encuentra siempre ante nosotros. No la podemos contestar sino viviendo (58).

D) EL "TÚ", CONSIDERADO COMO FUNDAMENTO

"Si me buscas es porque me encontraste", nos dice Dios. Si le encontramos sin buscarle es porque le tenemos con nosotros. Si le tenemos con nosotros es porque Dios nos constituye, es porque Dios es nuestro mismo fundamento. Dimanamos de Dios. Dimanamos de Su existencia, no de Su idea, porque sólo es creadora Su existencia. Dios es quien abre nuestra ventana. Dios es nuestra alegría. Yo pienso ahora: "Tú eres Dios." Y al pronunciar esta palabra Te comprendo y me siento vivir. Tú estás presente en cada movimiento mío, y estás presente en cada cosa y cada ser. Tú estás presente, y nada más. No eres mi libertad, con ser tan tuya. No eres la fe que me sustenta, ni la esperanza que me mueve, ni el dolor que me prueba ser hombre. Tú estás presente, y nada más. Me he encontrado conmigo buscándote en aquella juntura de mi ser, que me hace decir: "Tú..." Y ahora Te invoco, ahora repito esta palabra para encontrar mi propio fundamento, para saber que existo en este ofrecimiento mío, en este ofrecimiento en que Te ofrezco todo lo que soy, cuando Te digo: "Tú..." (59).

* * *

Ahora comprenderemos por qué hemos dicho anteriormente que aquello que le falta a la vida del Licenciado Vidriera para ser vida es, justamente, lo que falta a Vidriera para ser hombre. El mundo del Licenciado Vidriera es sólo un mundo de evasión; un mundo imaginario, creado por la ilusión de libertad. No tiene consistencia real alguna, y no puede tenerla porque es un mundo anterior a la constitución de la existencia como tal existencia. Es un mundo desierto, en donde falta el fundamento mismo de toda relación humana de toda relación existencial: es un mundo sin *tú*.

---

(58) Como habrá podido observar el lector, nos referimos únicamente al "tú" esencial de que hablaba Machado, al "tú" de nuestras relaciones intersubjetivas y no de nuestras relaciones sociales. Del "tú" personal, del "tú" sujeto de la convivencia, hablaremos en su día.

(59) "Yo diría que toda relación de ser a ser es personal, y que la relación entre Dios y yo no es nada si no es una relación de ser a ser, o bien la realización del ser consigo. La expresión bizarra que me viene al espíritu para traducir esta idea es que si un tú empírico puede ser convertido en un él, Dios es el Tú Absoluto que no puede jamás convertirse en un él." G. Marcel: *Journal Méthaphysique*, pág. 137.